



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11748

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 4 DE ENERO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Canmartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA GUERRA

ANGLO-BOER

Crítica era la situación del ejército inglés en el Africa del Sur al comenzar el último año del pasado siglo. Los grandes núcleos encerrados en las plazas fuertes, apenas si podían separarse de ellas. En Lady Smit, Mafekin y Kimberley, puntos todos del territorio inglés, se hallaba concentrada la guerra y mientras los boers iban de victoria en victoria, Bullers devoraba el ridículo de no poder cumplir la palabra empeñada de comersa el pavo de Navidad dentro de Pretoria.

Ha pasado un año; la Gran Bretaña lanzó sobre las pequeñas repúblicas centenares de miles de hombres y un río de dinero; y á fuerza de oro y sangre invadió el Orange y después el Transvaal.

Bloenfontein primero y Pretoria después, cayeron en poder de Roberts y creyendo el gobierno de Londres que tales victorias decidían la guerra, se apresuró á anexionar se el territorio conquistado, proclamando á Inglaterra soberana del mismo.

Las liliputienses repúblicas quedaban sacrificadas sin remedio al coloso inglés y esto era tan incuestionable, que el mundo entero, interesado desde el principio de la lucha en favor del Orange y el Transvaal, dió el asunto por totalmente terminado.

Pero no ha sido así. Si el ejército inglés veía comprometida su seguridad al comenzar el año 1900, ahora ve comprometidos sus prestigios hasta el punto de que la prensa de Londres se alarma por la continuación de una guerra que en un momento de entusiasmo irreflexivo dió por terminada.

Los boers no se dan á partido.

Convertidos en legión de héroes, han reanudado la admiración del mundo y éste mira asombrado los fabulosos hechos de los comandos de Botha y Delarey.

Hace algunos días los periódicos de la City alarmados, pedían el envío de veinte mil hombres para acabar la guerra; mas de tal modo se ha agravado la situación del ejército de la Gran Bretaña en la antigua colonia del Cabo, que ya se pide el envío de cincuenta mil hombres.

Como en la pasada campaña de Cuba se movía el ejército español persiguiendo partidas que se filtraban por los maniguales como si fuesen legiones de fantasmas, muévense los ingleses buscando á los boers con igual resultado. Pretenden atacarlos de frente y empujarlos hacia las fronteras del Norte, mas corrense á la espalda é invaden á su vez el terreno de los invasores.

Y el ejército perseguidor se fatiga; la constante movilidad le cansa y lo destruye y cuando después de forzada jornada regresa al campamento, avido de entregarse al descanso, es atacado por el enemigo que le sigue en acecho para desbaratarlo por sorpresa.

Razon tiene la prensa de Londres en quejarse del daño que á su nación hace la guerra; justos son sus motivos de alarma, pues el procedimiento adoptado por los boers obligará á los ingleses á multitud de sacrificios que Dios sabe si al fin y á la postre no serán coronados por el éxito.

Mientras en el Africa Austral han luchado la fuerza con la fuerza la victoria ha sido de la Gran Bretaña; pero hoy lucha con la fuerza la astucia y lleva ésta la parte mejor.

No hay que esforzarse en demostrar cuanto nos alegramos, como se alegran con nosotros Europa, América y el resto del mundo y en particular las naciones pe-

queñas llamadas moribundas por el imprudente Chamberlain.

UN PROGRAMA PERIODÍSTICO

(ARTÍCULO PERSONAL)

Partidaz y sañuda dolencia, primero; convalencia lenta y trabajosa después; recaída más tarde y en suma: falto de la primera materia necesaria á todo hombre de trabajo, la salud, y con su ausencia la de todo gusto y propicia voluntad para la cotidiana labor periodística, ha descansado mi pluma con mengua de mis personales intereses—pues es la única y mellada herramienta que torpemente manejo como peón de última fila en el taller del periodismo—y con provecho de los lectores de que padecen mi colaboración.

En saludable ostracismo hubiera permanecido algún tiempo más—pues aún están frescas las débiles lañas echadas á este fragil barro de que se forma mi enoienque arquitectura humana—si no se hubieran acumulado en el registro cotidiano de sucesos de monta y trascendencia, tantos y de tal talla y condición que, atascándome con apremios y plantones de la conciencia, me obligaron á enristrar de nuevo la pluma. Item: aguijonea mi voluntad la tan popular cuanto sugestiva frase: «año nuevo, vida nueva», en esta fecha más trascendental, puesto que de siglo y no de año se trata.

Al formular mi programa, he de recordar, en primer término, mi inculpable promesa de echar mi cuarto á espaldas en el asunto del cultivo del algodón en España: tema que tuvo la fortuna de exhumar, pero que, según todos los indicios, ha vuelto á inhumar la incuria, tan tradicional entre nosotros, como tomar el sol y hacer tiempo; y mi propósito de demostrar que, así como puede producirse el algodón en España emancipándonos de la servidumbre que nos imponen los trutes acaparadores del que se da en Egipto, en la India y en los Estados Unidos del Norte de América, también poseemos el combustible necesario para nuestro consumo y aun para hacer el pinto de exportar el sobrante, con provecho de los intereses mineros y comerciales de nuestro país.

He de dar clara y cabal cuenta de los informes elevados á la Diputación provincial de Barcelona, por entidades respetables, acerca de las causas de la crisis fabril y medidas para conjurarla; y muy singularmente del emitido por el Fomento del Trabajo Nacional, por ser trabajo de mucha y substanciosa enjundia.

Los trabajos y gestiones para la creación del Banco de Exportación, obra meritísima y, á no dudar, uno de los medios más prácticos y rápidos para regenerar y vigorizar la riqueza pública, será objeto predilecto de nuestra atención y acerca del cual haremos hincapié para solicitar y atraer la de nuestros lectores.

Embargaré nuestra pluma y no poco espacio en el trascendental asunto de los jurados mixtos industriales: obra de la voluntad inteligente de Rusñol, Presidente del Fomento y que bien pudiera calificarse de obra de romanos, ya que se trata de honestar los intereses del capital y los del trabajo.

No hemos de ser perezosos esquivando nuestro óvalo intelectual en pró del Congreso Hispano-Americano, tan estrechamente ligado con nuestro futuro industrial y mercantil; ni hemos de darnos tanto al estudio y exposición de estos intereses, que olvidemos los que atañen á la inteligencia y á la cultura general, entre los cuales, reclaman especial mención, la inoliativa del Ayuntamiento de Cartagena, fundando las escuelas para educación gradual de niños; los trabajos para crear un «Monte Pío de Artistas españoles», que con tanto entusiasmo realiza el Circolo Artístico de Barcelona y también insistiré en mi propaganda para lograr que se establezca y arraigue en España la fiesta del libro. Todo lo apuntado, con unas notas bibliográficas—mayores en número que las contenidas en todos los libros rojos y amarillos publicados por las cancellerías de ambos mundos y del nance agotado tema feminista constituyen mi programa, que Dios sea loado que pueda desarrollar y cumplir, para no verme en la triste y vergonzosa situación de no pocos políticos de fuste.

Nosotros creemos que servimos mejor á España dando la lata con la enumeración del programa expuesto y con su ulterior desarrollo, que formando siquiera como vocales en un comité po-

lítico durante la oposición y en los días del poder, ocupando un puesto en la administración pública, aunque no sea más que de alcalde de barrio.

Con lo escrito y con desear *fortis siglo nuevo* á los lectores de EL ECO ya cuando trabajen en su redacción, oficinas y talleres hanc *mutis per hoy*

Rafael Chicón.

Barcelona 1.º Enero 1901.

DESDE MADRID

1.º Enero 1901.

SUMARIO.—El siglo que empieza.—Reflexiones tristes.—Verdades amargas y mentiras dulces.—El siglo XIX en lo político.—En lo económico.—En lo científico.—Saludos á nuestros lectores.

Sr. Director:

Muy señor mío: En él hemos de morir; en este siglo que hoy empieza y que saludamos con más solemnidad y con alguna más emoción que se saludó el año nuevo.

Si al llegar el lunes de una semana tuviéramos la seguridad de morir antes de llegar al sábado, nuestro desconcierto no tendría límites; pero como aquí tenemos cien años por delante, el que más y el que menos se queda tan tranquilo.

Es achaque antiguo en los humanos contar con la vida como factor seguro, sin considerar que de todo lo mesquino y lo desahucado que nos rodea, no hay nada tan efímero como esta miserable existencia que generalmente pasamos, echando de menos al pasado, maldecido el presente y esperándolo todo del porvenir.

Infinita es la sabiduría de Dios, que no sujeta á fecha fija la duración de la vida.

Ochenta años los alcanzan muy pocos; constituye esta cifra un caso de longevidad, y, sin embargo, si cualquiera de nosotros supiera que había de morir el día que cumpliera los 80 años, la vida sería una agonía. Tal es la estupidez humana.

Lo probable es morirse muchos años antes de tener 80; si esto fuera posible, la razón aconsejaría aceptar la letra de la muerte á 80 años fecha; y, sin em-

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 59

EL REY LEAR DE LA ESTEPA

58

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 55

Slotkin—no metas el morro donde nadie te llama. Si yo Martín Petrovitch, he decidido que se haga esta escritura de donación, ¿quién puede romperla? ¿Quién puede oponerse á mi voluntad en el mundo entero?

—Martín Petrovitch—comenzó á decir con lengua estropajosa el procurador (también había empujado el codo de lo lindo, sin que esto sirviese más que para aumentar su gravedad)—y si, á pesar de todo, hubiese dicho este caballero una gran verdad...? Acaba usted de realizar una gran acción... Sin embargo, si (lo que Dios no quiera) en vez de la gratitud que se le debe, recibiera V. no sé qué afronta...

Miré á hurtadillas á las dos hermanas. Ana parecía trágarse con los ojos al leguleyo que acababa de hablar; y por cierto que en mi vida he visto más malvado rostro de mujer, más venenoso y más extrañamente bello. Evlampia se había vuelto, cruzando los brazos sobre el pecho; pero una sonrisa más despreciativa que nunca, torcía sus sonrosados labios. Kharlof se levantó del asiento y abrió la boca, pero faltóle la voz, pegó en la mesa un puñetazo tan fuerte que todo saltó y resonó dentro del comedor.

—Padre—apresuróse á decir Ana,—el señor no nos conoce, y por eso habla así. Tened á bien no to-

de repente se levantó de la silla, más enojado que una remolacha y apuntando á Kharlof con el dedo lanzó una de sus ofensivas careajadas, y exclamó:

—¡Magnánimo, magnánimo! Ya veremos cómo le sabe su magnanimidad cuando á él, siervo de Dios, le arrojen desnudo al medio de la nieve.

—¿Qué disparatas ahí, imbécil?—dijo Kharlof con desprecio.

—Imbécil, imbécil—replicó *Recuerdo*—sólo Dios, que todo lo sabe, es quien puede saber cuál de nosotros dos es el verdadero imbécil. En cuanto á tí, hermanito, has de comenzar por hacer morir á mi hermana, á tu esposa; ahora te has destruido á tí mismo como una cifra tachada... ¡Ja, ja, ja!

—¿Cómo os atrevéis á insultar á nuestro venerable bienhechor!—exclamó Slotkin; y soltando el brazo de Kharlof precipitóse sobre *Recuerdo*.—No sabéis que, si nuestro bienhechor manifestase el menor deseo de ello, no vacitaríamos en romper el contrato de donación que nos ha otorgado su magnificencia?

—Eso no os impedirá que le pongáis de patitas en la nieve—dijo *Recuerdo*, escondiéndose detrás de Lisinski.

—¡Silencio!—gritó Kharlof con voz tonante.—Si te doy un golpe, no vá á quedar más que un poco de oieno en el sitio que ocupas. Y tú también—dijo á

Yo no sé si Kharlof se imaginó lo que pasaba por la cabeza de sus siervos, ó si quiso manifestar por última vez su poderío. Abrió de pronto el *vasistas* de la ventana, y pasando por allí su cabezota, gritó con voz estentórea: «¡Obediencia!» y cerró bruscamente la vidriera. No por eso disminuyó el estupor de los rústicos; antes al contrario, parecieron aún más petrificados y hasta cesaron de mirar á la ventana.

En el grupo de la servidumbre se encontraban dos rollizas muchachas, cuyas sayas agujereadas no cubrían sus enormes pantorrillas; y un hombre (con un cañón de sarga, tan antiguo que la vejes lo había cubierto como de sacorcha), quien había sido tahedor de trompa en tiempos de Potemkin. En cuanto al coasequito Maximka, habíase reservado Kharlof su posesión. Ese grupo estaba más animado que el de los labriegos; echaban miradas furtivas á sus actuales señoras. Estas guardaban grave apostura; sobre todo Ana, cuyos labios comprimidos y ojos porfiadamente bajos no prometían nada bueno á sus nuevos súbditos. Evlampia tampoco se movía; sin embargo, una vez se volvió para mirar de arriba á bajo con sorpresa á su futuro esposo, quien creyó que debía presentarse también en la escalinata.

—¿Con qué derecho apareces aquí?—parecían de-